

jar á aquella que, no solamente antes que lo obreis, mas que lo penseis, lo sabrá.—Agora vos id, dijo ella; que muchas veces los que mas saben caen en los lazos mas peligrosos.»

Gandáles la dejó, é fué como ante, su camino, cuidando en la hacienda de su doncel; é llegando al castillo, ante que se desarmase lo tomó en sus brazos é comenzólo de besar, viniéndole las lágrimas á los ojos, diciendo en su corazón: «Mi hermoso hijo, ¿si querrá Dios que yo llegue al vuestro buen tiempo?» En esta sazón había el doncel tres años, é su gran fermosura por maravilla era mirada; é como vió á su amor llorar, púsole las manos ante los ojos, como que gelos queria limpiar; de que Gandáles fué alegre, considerando que siendo en mas edad, mas se doleria de su tristeza; é púsole en tierra, é fuése á desarmar, é dende adelante con mejor voluntad curaba dél, tanto, que llegó á los cinco años; entonces le fizo un arco á su medida é otro á su hijo Gandalin, é facíalo tirar ante sí; é así lo fué criando hasta la edad de siete años. Pues á esta sazón el rey Languines, pasando por su reino con su mujer é toda la casa, de una villa á otra, vino al castillo de Gandáles, que por ahí era el camino, donde fué muy bien festejado; mas á su Doncel del Mar é á su hijo Gandalin, é á otros donceles mandólos meter en un corral porque no lo viesan; é la Reina, que en lo mas alto de la casa posaba, mirando de una finiestra, vió los donceles que con sus arcos tiraban, y al Doncel del Mar entre ellos tan apuesto é tan hermoso, que mucho fué de lo ver maravillada; é viólo mejor vestido que todos; así que, parecía el señor; é de que no vió ninguno de la compañía de don Gandáles á quien preguntase, llamó sus dueñas é doncellas, é dijo: «Venid, é veréis la mas hermosa criatura que nunca fué vista.» Pues estándole mirando todos como á una cosa muy extraña y crecida en fermosura, el Doncel hobo sed, é poniendo su arco é saetas en tierra, fuése á un caño de agua á beber, é un doncel mayor que los otros tomó su arco é quiso tirar con él; mas Gandalin no lo consentió, y el otro lo empujó recio. Gandalin dijo: «Acorredme, Doncel del Mar.» E como lo oyó, dejó de beber, é fuése contra el gran doncel, y él le dejó el arco, é tomólo con su mano é dijole: «En mal punto heristes mi hermano.» y dióle con él por cima de la cabeza gran golpe, segun su fuerza, é trabárouse ambos; así que, el gran doncel, mal parado, comenzó á fuir y encontró con el ayo que los guardaba, é dijo: «¿Qué has?—El Doncel del Mar, dijo, me firió.» Entonces fué á él con la correa é dijo: «¿Cómo, Doncel del Mar, ya sois osado de ferir los mozos? Agora veréis cómo os castigaré por ello.» El hincó los hinojos ante él, é dijo: «Señor, mas quiero que me vos hirais, que delante de mí sea ninguno osado de hacer mal á mi hermano.» E viniéronle las lágrimas á los ojos, y el ayo hobo mancilla, é dijole: «Si otra vez lo haréis, yo vos faré bien llorar.» La Reina vió bien todo esto, é maravillóse por qué aquel llamaban Doncel del Mar.

CAPITULO III.

Como el rey Languines llevó consigo al Doncel del Mar é á Gandalin, hijo de don Gandáles.

Así estando, en esta sazón entró el Rey é Gandáles,

é dijo la Reina: «Decid, don Gandáles, ¿es vuestro hijo aquel hermoso doncel?—Sí, Señora, dijo él.—Pues ¿por qué, dijo ella, lo llamais el Doncel del Mar?—Porque en la mar nació, dijo Gandáles, cuando yo de la pequeña Bretaña venia.—Por Dios, poco vos parece,» dijo la Reina. Esto decia por ser el Doncel á maravilla hermoso, é don Gandáles había mas de bondad que de hermosura. El Rey, que el Doncel miraba é muy hermoso le pareció, dijo: «Faceldó aquí venir, Gandáles, é yo lo quiero criar.—Señor, dijo él, sí haré, mas aun no es en edad que se deba partir de su madre.» Entonces fué por él é trájolo é dijole: «Doncel del Mar, ¿quereis ir con el Rey, mi señor?—Yo iré donde me vos mandádes, dijo él, é vaya mi hermano conmigo.—Ni yo quedaré sin él, dijo Gandalin.—Creo, Señor, dijo Gandáles, que los habréis de llevar ambos, que se no quieren partir.—Mucho me place, dijo el Rey.» Entonces lo tomó cabe sí y mandó llamar á su hijo Agrájes; é dijole: «Fijo, estos donceles ama tú mucho; que mucho amo yo á su padre.» Cuando Gandáles esto vió, que ponian al Doncel del Mar en mano del otro que no valia tanto como él, las lágrimas le vinieron á los ojos, é dijo entre sí: «Fijo hermoso, quede pequeño comenzaste andar en aventura é peligro, é agora te veo en servidumbre de los que á tí podran servir, Dios te guarde y enderece en aquellas cosas de su servicio é de tu gran honra, é haga verdaderas las palabras que la *sábia* Urganda de ti me dijo, é á mí leje llegar á tiempo de las tus grandes maravillas, que en las armas prometidas te son.» El Rey, que los ojos llenos de agua le vió, dijo: «Nunca pensé que érades tan loco.—No lo só tanto como cuidais, dijo él; mas á os pluguiere, oídme un poco ante la Reina.» Entonces mandaron apartar á todos, é Gandáles les dijo: «Señores, sabed la verdad deste Doncel que llevais, que lo fallé en la mar.» Y contóles por cuál guisa, é tambien dijera lo que de Urganda supo, sino por el pleito quefizo. «Agora faced con él lo que debeis; que así Dios me salve, segun el aparato que él traia, yo creo que es de muy gran linaje.» Mucho plugo al Rey en lo saber y preció al caballero que lo tan bien guardara, é dijo á don Gandáles: «Pues que Dios tanto cuidado tuvo en lo guardar, razón es que lo tengamos nos en lo criar é hacer bien cuando tiempo será.» La Reina dijo: «Y quiero que sea mio, si os pluguiere, en tanto que es de edad de servir mujeres; despues será vuestro.» El Rey se lo otorgó. Otro día de mañana se partieron de allí, llevando los donceles consigo, é fueron su camino. Iere dígoos de la Reina que facia criar al Doncel del Mar con tanto cuidado é honra como si su fijo propio hese; mas el trabajo que con él tomaba no era vano, porque su ingenio era tal é condicion tan noble, que muy mejor que otro ninguno, é mas presto, todas las cosas aprendia. El amaba tanto caza é monte, que si lo dejesen, nunca dello se apartara, tirando con su arco, ebando los canes. La Reina era tan agradada de como él servia, que lo no dejaba quitar delante su presencia.

El autor aquí torna á contar del rey Perion é de su amiga Elisena. Como ya oistes, Perion estaba en su reino, despues que hobo hablado con los clérigos que el sueño le soltaron, é muchas veces pensó en las palabras

que la doncella le dijera, mas no las pudo entender. Pues pasando algunos días, estando en su palacio, entró una doncella por la puerta, é dióle una carta de Elisena, su amiga, en que le facia saber cómo el rey Garinter, su padre, era muerto, y ella estaba desamparada; que la hubiese piedad, que la reina de Escocia, su hermana, y el Rey, su marido, le querian tomar la tierra. El rey Perion, como quiera que de la muerte del rey Garinter pesar grande hobiese, fué alegre en pensar de ir á ver á su amiga, donde nunca perdía deseo; é dijo á la doncella: «Agora os id, é decid á vuestra señora que sin me detener un solo día seré luego con ella.» La doncella se tornó muy alegre. El Rey, aderezando la gente que era necesaria, partió luego al derecho camino donde Elisena era, é tanto anduvo por sus jornadas, que llegó á la pequeña Bretaña, donde falló nuevas que Languines había todo el señorío de la tierra, salvo aquellas villas que su padre á Elisena dejara; é sabiendo que era ella en una villa que Arcarte se decia, fuése allá, é si fué bien recibido no es de contar, é por al semejante ella dél; que se mucho amaban. El Rey le dijo que ficiese llamar todos sus amigos é parientes, porque la queria tomar por mujer. Elisena así lo fizo, con gran gozo de su ánimo, porque en aquello consistia todo el fin de sus deseos.

Sabido por el rey Languines la venida del rey Perion, é como con Elisena casar queria, mandó llamar todos los hombres buenos de la tierra, é llevándolos consigo, se fué para él, habiéndose ambos con buen talante saludado é rescebido; é las bodas é fiestas celebradas, acordaron los reyes de se volver en sus reinos; é caminando el rey Perion con Elisena, su mujer, pasando cabe una ribera, donde aposentar queria, el Rey se fué solo suso por la ribera, pensando cómo sabia de Elisena lo del fijo que los clérigos le dijieran cuando le absolvieron el sueño; é tanto anduvo en este pensar, que llegó á una ermita, donde trabando el caballo á un árbol, entró á hacer oracion, é vió dentro della un hombre viejo, vestido de paños de orden, é dijo al Rey: «Caballero, ¿es verdad que el rey Perion está casado con la fija del Rey nuestro señor?—Verdad es, dijo él.—Mucho me place, dijo el hombre bueno; que yo sé cierto que della es muy amado de todo su corazón.—¿Por dónde lo sabeis vos? dijo él.—Por su boca, dijo el buen hombre.» El Rey, pensando saber lo que deseaba, fízosele conocer é dijo: «Ruégooos que me digais lo que della sabeis.—Gran yerro faria en ello, dijo el hombre bueno, é vos me terniades por hereje si lo que en confesion se dijo yo lo manifestase; baste lo que os digo, que de amor verdadero y leal os ama; pero quiero que sepais lo que una doncella, al tiempo que á esta tierra venistes, me dijo, que me parecia muy *sábia*, é no lo puedo entender: que de la pequeña Bretaña saldrían dos dragones, que ternían su señorío en Gaula é sus corazones en la Gran Bretaña, é de allí saldrían á comer las bestias de las otras tierras, é que contra unas serian muy bravos é feroces, é contra otras mansos é humildosos, como si unas ni corazones no toviesen; é yo fui muy maravillado de lo oír, pero no porque sepa la razón dello.» El Rey se maravilló, é aunque al presente no lo en-

tendiese, tiempo fué que claro lo conoció ser así verdad; é así se despidió el rey Perion del ermitaño é tornóse á las tiendas en que á su mujer é compañia había dejado, donde aquella noche con gran vicio quedó. Estando en su lecho en gran placer, dijole á la Reina lo que los maestros habían deciarado de su sueño, é que le rogaba le dijese si había parido algun fijo. La Reina, que esto oyó, hobo tan gran vergüenza, que quisiera su muerte, é nególo, diciendo que nunca pariera; así que, el Rey no pudo aquella vez saber lo que queria. Otro día partieron dende, é anduvieron por sus jornadas fasta que allegaron en el reino de Gaula, é plugo á todos los de la tierra con la Reina, que era muy noble dueña; é allí holgó el Rey algo mas que solia, é hubo en ella un fijo é una hija; al hijo llamaron Galaor, é á la hija Melicia. Cuando el niño hobo dos años é medio fué así: que el Rey, su padre, era en una villa cabe la mar, que Dangil había nombre, y estando él á una finiestra sobre una huerta, é la Reina por ella holgando con sus dueñas é doncellas, teniendo el niño cabe sí, que ya comenzaba á andar, vieron entrar por un postigo que á la mar salia un jayan con una muy gran maza en su mano, y era tan grande é desemejado, que no había hombre que lo viese que se dél no espantase; é así lo hicieron la Reina é su compañia, que las unas huían entre los árboles, é las otras se dejaban caer en tierra, atapando los ojos por le no ver; mas el gigante enderezó contra el niño, que desamparado é solo le vió, é allegando á él tendió el niño los brazos riendo, é tomóle entre los suyos, diciendo: «Verdad me dijo la doncella.» E tornóse por donde viniera, é entrando en una barca, se fué por la mar.

La Reina, que le vió ido, y que el niño le llevaba, dió grandes gritos, mas poco le aprovechó; mas su duelo é de todos fué tan grande, que, como quiera que el Rey mucho dolor tenia por no haber podido socorrer su hijo, viendo que remedio no había, bajóse á la huerta para remediar á la Reina, que se estaba matando, que le venia en la memoria el otro hijo que en la mar había lanzado; é agora, que con este pensaba remediar su gran tristeza, verlo perdido por tal ocasion, no teniendo esperanza de jamás lo cobrar, hacia las mayores rabias del mundo. Mas el Rey la llevó consigo é la hizo acoger á su cámara, é cuando mas asosegada la vió dijo: «Dueña, agora conozco ser verdad lo que los clérigos me dijeron, que este era el postrimero corazón; é decidme la verdad, que, segun en la sazón que fué, no debeis ser culpada.» La Reina, como quiera que con gran vergüenza, contóle todo lo que del primero hijo le aconteciera, de cómo le echara en la mar. «No tomeis enojo, dijo el Rey, pues que á Dios plugo que destes dos hijos poco gozásemos; que yo espero en él que tiempo verná que por alguna buena dicha algo dellos sabrémos.»

Este gigante que el doncel llevó era natural de Leonís, é había dos castillos en una ínsula, é llamábase el Gandalac, é no era tan facedor de mal como los otros gigantes, antes era de buen talante fasta que era saúdo; mas despues que lo era hacia grandes cruexas. El se fué con su niño hasta en cabo de la ínsula, adó había un ermitaño, buen hombre, de santa vida; y el gigante, que aquella

ínsula ficiera poblar de cristianos, mandábale dar limosna para su mantenimiento, é dijo: «Amigo, este niño vos doy, que lo criéis y enseñéis de todo lo que conviene á caballero; é dígoos que es hijo de rey é reina, é defiéndoo que nunca seais contra él.» El hombre bueno le dijo: «Di, ¿por qué heciste esta crueza tan grande?—Eso te diré yo, dijo él: sábete que queriendo yo entrar en una barca para me combatir con Albadan, el jayan bravo que á mi padre mató, é me tiene tomada por fuerza la peña de Galtáres, que es mía, hallé una doncella que me dijo: Eso que tú quieres se ha de acabar por el hijo del rey Perion de Gaula, que habrá mucha fuerza é ligereza mas que tú; é yo le pregunté si decia verdad. Esto verás tú, dijo ella, en la sazón que los dos ramos de un árbol se juntarán, que agora son partidos.» Desta manera quedó este doncel, llamado Galaor, en poder del ermitaño, é lo que dél avino adelante se contará.

A esta sazón que las cosas pasaban, como de suso habeis oído, reinaba en la Gran Bretaña un rey llamado Falangriz, el cual, muriendo sin heredero, dejó un hermano de gran bondad de armas é de mucha discrecion, el cual habia nombre Lisuarte, que con la hija del rey de Denamarca nuevamente casado era, que habia nombre Brisena, y era la mas hermosa doncella que en todas las insulas del mar se hallaba; é como quiera que de muchos altos príncipes demandada fuese, su padre, con temor de unos, no la osaba dar á ninguno dellos. Viendo ella á este Lisuarte, é sabiendo sus buenas maneras é grande esfuerzo, á todos desechando, con él se casó, que por amores la servia. Muerto este rey Falangriz, los altos hombres de la Gran Bretaña, sabiendo las cosas que este Lisuarte en armas habia hecho, é por la su alta proeza tan gran casamiento habia alcanzado, enviaron por él para que el reino tomase.

CAPITULO IV.

Cómo el rey Lisuarte navegó por la mar é aportó al reino de Escocia, donde con mucha honra fué rescebido.

La embajada oída por el rey Lisuarte, ayudándole su suegro, con gran flota en la mar entró, por donde navegando, fué aportado en el reino de Escocia, donde con mucha honra del rey Languines recebido fué. Este Lisuarte traia consigo á Brisena, su mujer, é una hija que en ella hobo cuando en Denamarca morara, que Oriana habia nombre, de fasta diez años, la mas hermosa criatura que nunca se vió; tanto, que esta fué la que Sin-par se llamó, porque en su tiempo ninguna hobo que igual le fuese; é porque de la mar enojada andaba, acordó de la dejar allí, rogando al rey Languines é á la Reina que gela guardasen. Ellos fueron muy alegres dello, é la Reina dijo: «Creed que yo la guardaré como su madre lo haria.» Y entrando Lisuarte en sus naos con mucha priesa, en la Gran Bretaña arribado fué, é falló á algunos que lo estorbaron, como hacer se suele en semejantes casos; é por esta causa no se membró de su hija por algun tiempo, é fué rey con gran trabajo que ahí tomó, é fué el mejor rey que ende hobo ni que mejor mantuviese la caballería en su derecho, fasta que el rey Artur reinó, que pasó á todos

los reyes de bondad que ante dél fueron, aunque muchos reinaron entre el uno y el otro.

El autor deja reinando á Lisuarte con mucha paz é sosiego en la Gran Bretaña, é torna al Doncel del Mar, que en esta sazón era de doce años, y en su grandeza é miembros parecia bien de quince; él servia ante la Reina, é así della como de todas las dueñas é doncellas era mucho amado; mas desde que allí fué Oriana, la hija del rey Lisuarte, dióle la Reina al Doncel del Mar que la sirviese, diciendo: «Amiga, este es un doncel que os servirá.» Ella dijo que le placía. El Doncel tuvo esta palabra en su corazon, de tal guisa, que despues nunca de la memoria la apartó; que sin falta, así como esta historia lo dice, en días de su vida no fué enojado de la servir, y en ella su corazon fué siempre otorgado, y este amor duró cuanto ellos duraron; que, así como la él amaba, así amaba ella á él, en tal guisa, que una hora nunca de amar se dejaron; mas el Doncel del Mar, que no conocía ni sabia nada de cómo ella le amaba, tenía por muy osado en haber en ella puesto su pensamiento, segun la grandeza y fermosura suya, sin cuidar de ser osado á le decir una sola palabra; y ella, que lo amaba de corazon, guardábase de hablar con él mas que con otro, porque ninguna cosa sospechasen; mas los ojos habian gran placer de mostrar al corazon la cosa del mundo que mas amaba.

Así vivian encubiertamente, sin que de su hacienda ninguna cosa él uno al otro se dijese; pues pasando el tiempo, como os digo, entendió el Doncel del Mar en sí que ya podia tomar armas si hobiese quien le ficiese caballero, y esto deseaba él, considerando que él seria tal é haria tales cosas por donde muriese, ó viviendo su señora, le preciaría; é con este deseo fué al Rey, que en una huerta estaba, é hincando los hinojos, le dijo: «Señor, si á vos pluguiere, tiempo seria de ser yo caballero.» El Rey dijo: «¿Cómo, Doncel del Mar? ¿Ya os esforzais para mantener caballería? Sabed que es ligero de haber é grave de mantener; é quien este nombre de caballería ganar quisiere é mantenerlo en su honra, tantas é tan graves son las cosas que ha de facer, que muchas veces se le enoja el corazon; é si tal caballero es que por miedo ó cobardía deja de facer lo que conviene, mas le valdría la muerte que en vergüenza vivir, é por ende ternia por bien que por algun tiempo os sufrais.» El Doncel del Mar le dijo: «Ni por todo eso no dejaré yo de ser caballero; que si en mi pensamiento no toviese de cumplir eso que habeis dicho, no se esforzaria mi corazon para lo ser; é pues á la vuestra merced soy criado, complid en esto conmigo lo que debeis; si no, buscaré otro que lo faga.» El Rey, temiendo que así lo faria, dijo: «Doncel del mar, yo sé cuándo os será menester que lo seais, é mas á vuestra honra, é prométoos que lo faré; y en tanto ataviarse han vuestras armas é aparejos, ¿para quién cuidábades vos ir?—Al rey Perion, dijo él; que me dicen que es buen caballero é casado con la hermana de la Reina, mi señora, é hacerle he saber cómo era criado della; é con esto pensaba yo que de grado me armaria caballero.—Agora, dijo el Rey, estad; que cuando sazón fuere, honradamente lo seréis.»

E luego mandó que le aparejasen las cosas á la órden de caballería necesarias; é hizo saber á Gandáles todo cuanto con su criado le contesciera, de que Gandáles fué muy alegre, y envióle por una doncella la espada y el anillo é la carta envuelta en la cera, como lo hallara en l' arca donde á él falló; y estando un dia la hermosa Oriana con otras dueñas é doncellas en el palacio, holgando en tanto que la Reina dormia, era allí con ellas el Doncel del Mar, que solo mirar no osaba á su señora, y decia entre sí: «¡Ay Dios! ¿por qué vos plugo de poner tanta beldad en esta señora, y en mí tan gran cuita é dolor por causa della? En fuerte punto mis ojos la miraron, pues que perdiendo la su lumbré con la muerte, pagarán aquella gran locura en que al corazon han puesto.» E así estando casi sin ningun sentido, entró un doncel é dijole: «Doncel del Mar, allí fuera está una doncella extraña que os trae donas é os quiere ver.» El quiso salir á ella, mas aquella que lo amaba, cuando lo oyó, estremeciósese el corazon de manera, que si en ello alguno mirara, pudiera bien ver su gran alteracion; mas tal cosa no la pensaban; y ella dijo: «Doncel del Mar, quedad, y entre la doncella y verémos las donas.» El estubo quedo, é la doncella entró; y esta era la que enviaba Gandáles, é dijo: «Señor Doncel del Mar, vuestro amo Gandáles vos saluda mucho, así como aquel que os ama, y envíaos esta espada y este anillo y esta cera, é ruégaos que trayais esta espada en cuanto vos durare, por su amor.» El tomó las donas, é puso el anillo é la cera en su regazo, é comenzó á desenveloper de la espada un paño de lino que la cobria, maravillándose cómo no traia vaina, y en tanto Oriana tomó la cera, que no creia que en ella otra cosa hobiese, é dijole: «Esto quiero yo destas donas.» A él pluguiera mas que tomara el anillo, que era uno de los hermosos del mundo; é mirando la espada, entró el Rey é dijo: «Doncel del Mar, ¿qué os parece desa espada?—Señor, paréceme muy hermosa, mas no sé por qué está sin vaina.—Bien há quince años, dijo el Rey, que no la hobo.» E tomándole por la mano, se apartó con él é dijole: «Vos quereis ser caballero, é no sabeis si de derecho os conviene; é quiero que sepais vuestra hacienda, como yo la sé.» E contóle cómo fuera en la mar hallado con aquella espada é anillo en el arca metido, así como lo oistes. Dijo él: «Yo creo lo que me decis, porque aquella doncella me dijo que mi amo Gandáles me enviaba esta espada, é yo pensé que errara en su palabra en me no decir que mi padre era; mas á mí no pesa de cuanto me decis, sino por no conocer mi linaje, ni ellos á mí; pero yo me tengo por hidalgo, que mi corazon á ello me esfuerza; é agora, Señor, me conviene mas que ante caballería, y ser tal que gane honra y prez, como aquel que no sabe parte de donde viene, é como si todos los de mi linaje muertos fuesen, que por tales los cuento, pues no me conocen, ni yo á ellos.»

El Rey creyó que seria hombre bueno y esforzado para todo bien; y estando en estas hablas, vino un caballero, que le dijo: «Señor, el rey Perion de Gaula es venido en vuestra casa.—¿Cómo en mi casa? dijo el Rey.—En vuestro palacio está,» dijo el caballero. El fué allá muy ahogado, como aquel que sabia

honrar á todos; é como se vieron, saludáronse ambos, é Languines le dijo: «Señor, ¿á qué venistes á esta tierra tan sin sospecha?—Vine á buscar amigos, dijo el rey Perion; ca los he menester agora mas que nunca; que el rey Abies de Irlanda me guerrea, y es con todo su poder en mi tierra, é acógese en la desierta, é viene con él Daganel, su cohermano, é ambos han tan gran gente ayuntada contra mí, que mucho me son menester parientes é amigos, así por haber en la guerra mucha gente de la mia perdido, como por me fallecer otros muchos en que me fiaba.» Languines le dijo: «Hermano, mucho me pesa de vuestro mal, é yo vos faré ayuda como mejor pudiere.» Agrájes era ya caballero, é fincando los hinojos ante su padre, dijo: «Señor, yo vos pido un don.» Y él, que lo amaba como á sí, dijo: «Fijo, demanda lo que quisieres.—Demandádoos, Señor, que me otorgueis que yo vaya á defender á la Reina, mi tia.—Yo lo otorgo, dijo él; y te enviaré lo mas honradamente é mas apuesto que yo pudiere.» El rey Perion fué ende muy alegre.

El Doncel del Mar, que ahí estaba, miraba mucho al rey Perion, no por padre, que no lo sabia, mas por la gran bondad de armas que dél oyera decir; é mas deseaba ser caballero de su mano que de otro ninguno que en el mundo fuese; é creyó que el ruego de la Reina valdría mucho para ello; mas hallándola muy triste por la pérdida de su hermana, no le quiso hablar, é fuése donde su señora Oriana era; é hincados los hinojos ante ella, dijo: «Señora Oriana, ¿podría yo por vos saber la causa de la tristeza que la Reina tiene?—Oriana, que así vió ante sí á aquel que mas que á sí amaba, sin que él ni otro alguno lo supiese, al corazon gran sobresalto le ocurrió, é dijole: «Ay Doncel del Mar, esta es la primera cosa que me demandastes, é yo la haré de buena voluntad.—Ay Señora, dijo él; que yo no soy tan osado ni digno de á tal señora ninguna cosa pedir, sino hacer lo que por vos me fuere mandado.—E ¿cómo? dijo ella, ¿tan flaco es vuestro corazon, que para rogar no basta?—Tan flaco, dijo él, que en todas las cosas contra vos me debe fallecer, sino en vos servir, como aquel que, sin ser suyo, es todo vuestro.—¿Mio? dijo ella; ¿desde cuando?—Desde cuando vos plugo, dijo él.—E ¿cómo me plugo? dijo Oriana.—Acuérdese, Señora, dijo el Doncel, que el dia que de aquí vuestro padre partió me tomó la Reina por la mano, é poniéndome ante vos, dijo: Este doncel os doy que os sirva; é dijistes que os placía; desde entonces me tengo y me terné por vuestro para os servir, sin que otra ni yo mismo sobre mí señorío tengá en cuanto viva.—Esa palabra, dijo ella, tomastes vos con mejor entendimiento que á la fin que se dijo; mas bien me place que así sea.» El fué tan atónito del placer que ende hobo, que no supo responder ninguna cosa otra; y ella vió que todo señorío tenia sobre él; é dél se partiendo, se fué á la Reina, é supo que la causa de su tristeza era por la pérdida de su hermana; lo cual, tornando al Doncel del Mar, le manifestó. El Doncel le dijo: «Si á vos, Señora, pluguiere que yo fuese caballero, seria en ayuda desa hermana de la Reina, otorgándome vos la ida.—E si la yo no otorgase, dijo ella, ¿no iriades allá?—No, dijo él; porque este mi vencido corazon sin el

favor de cuyo es, no podría ser sostenido en ninguna afrenta, ni aun sin ella.» Ella se rió con buen semblante é díjole: «Pues que así os he ganado, otórgoos que seáis mi caballero y ayudeis á aquella hermana de la Reina.» El Doncel le besó las manos é dijo: «Pues que el Rey, mi señor, no me ha querido hacer caballero, mas á mi voluntad lo podría ser deste rey Perion, á vuestro ruego.—Yo faré en ello lo que pudiere, dijo ella; mas menester será de lo decir á la infanta Mabilia, que su ruego mucho valdrá ante el Rey, su tío.» Entonces se fué á ella é díjole cómo el Doncel del Mar quería ser caballero por mano del rey Perion, é que había menester para ello el ruego suyo é dellas. Mabilia, que muy animosa era é al Doncel amaba de sano amor, dijo: «Pues fagámoslo por él, que lo merece; é véngase á la capilla de mi madre armado de todas armas, é nos le harémos compañía con otras doncellas; é queriendo el rey Perion cabalgar para se ir, que, según he sabido, será antes del alba, yo le enviaré á rogar que me vea, é allí hará el vuestro ruego, ca mucho es caballero de buenas maneras.—Bien decis, dijo Oriana.» É llamando entrambas al doncel, le dijeron cómo lo tenían acordado; é se lo tuvo en merced.

Así se partieron de aquella fabla en que todos tres fueron acordados, y el Doncel llamó á Gandalin é díjole: «Hermano, llevamis armas todas á la capilla de la Reina encubiertamente; que pienso esta noche ser caballero; é porque en la hora me conviene de aquí partir, quiero saber si querrás irte conmigo.— Señor, yo os digo que á mi grado nunca de vos seré partido.» Al Doncel le vinieron las lágrimas á los ojos y besóle en la faz é díjole: «Amigo, agora haz lo que te dije.» Gandalin puso las armas en la capilla en tanto que la Reina cenaba; é los manteles alzados, fué el Doncel á la capilla, é armóse de sus armas todas, salvo la cabeza é las manos, é hizo su oracion ante el altar, rogando á Dios que, así en las armas como en aquellos mortales deseos que por su señora tenía, le diese vitoria.

Desde que la Reina fué á dormir, Oriana é Mabilia con algunas doncellas se fueron á él por le acompañar; é como Mabilia supo que el rey Perion quería cabalgar, envióle á decir que la viese ante; é vino luego, é díjole Mabilia: «Señor, haced lo que os rogare Oriana, fija del rey Lisuarte.» El Rey dijo que de grado lo haría, que el merecimiento de su padre á ello le obligaba. Oriana vino ante el Rey; é como la vió tan hermosa, bien creía que en el mundo su igual no se podría fallar; é dijo: «Yo vos quiero pedir un don.—De grado, dijo el Rey, lo faré.—Pues facedme ese mi doncel caballero;» é mostrósele, que de rodillas ante el altar estaba. El Rey vió al Doncel tan fermoso, que mucho fué maravillado; y llegándose á él, dijo: «¿Queréis recibir orden de caballería?—Quiero, dijo él.—En el nombre de Dios, y él mande que tan bien empleada en vos sea é tan crecida en honra como él os creció en fermosura.» É poniéndole la espuela diestra, le dijo: «Agora sois caballero, é la espada podeis tomar;» el Rey la tomó é dióglala, y el Doncel la ciñó muy apuestamente, y el Rey dijo: «Cierito, este acto de os armar caballero, según vuestro gesto é apariencia, con mayor honra lo quisiera haber hecho; mas yo espero en Dios que vuestra fama se-

rá tal, que dará testimonio de lo que con mas honra se debía hacer.» É Mabilia é Oriana quedaron muy alegres y besaron las manos al Rey; é encomendando el Doncel á Dios, se fué su camino.

Aqueste fué el comienzo de los amores deste caballero y desta infanta; é si al que lo leyere estas palabras simples le parecieren, no se maraville dello, porque no solo á tan tierna edad como la suya, mas á otros que con gran discrecion muchas cosas en este mundo pasaron, el grande y demasiado amor tuvo tal fuerza, que el sentido y la lengua en semejantes autos les fué turbado. Así que, con mucha razon ellos en las decir, y el autor en mas polidas palabras no las escribir, deben ser sin culpa, porque á cada cosa se debe dar lo que le conviene. Seyendo armado caballero el Doncel del Mar, como de suso es dicho, é queriéndose despedir de Oriana, su señora, é de Mabilia é de las otras doncellas que con él en la capilla velaron, Oriana, que le parecia partírsele el corazon, sin se lo dar á entender, le sacó aparte y le dijo: «Doncel del Mar, yo os tengo por tan bueno, que no creo que seáis hijo de Gandales; si al en ello sabeis, decidmelo.» El Doncel le dijo de su hacienda aquello que del rey Languines supiera; y ella, quedando muy alegre en lo saber, lo encomendó á Dios; y él falló á la puerta del palacio á Gandalin, que le tenía la lanza y escudo y el caballo; y cabalgando en él, se fué su via sin que de ninguno visto fuese, por ser aun de noche; é anduvo tanto, que entró por una floresta, donde, el mediodía pasado, comió de lo que Gandalin le llevaba; é seyendo ya tarde, oyó á su diestra parte unas voces muy dolorosas, como de hombre que gran cuita sentía, é fué alina contra allá, y en el camino halló un caballero muerto, é pasando por él, vió otro que estaba mal llagado, y estaba sobre él una mujer que le hacía dar las voces, metiéndole las manos por las llagas; é cuando el caballero vió al Doncel del Mar dijo: «Ay señor caballero, acorredme, é no me dejéis así matar de esta alevosa.» El Doncel le dijo: «Tiráos afuera, dueña, que os no conviene lo que haceis.» Ella se apartó, y el caballero quedó amortecido, y el Doncel del Mar descendió del caballo, que mucho deseaba saber quién fuese, é tomó al caballero en sus brazos, é tanto que acordado fué dijo: «¡Oh Señor! muerto soy, y llevadme donde haya consejo de mi alma.» El Doncel le dijo: «Señor caballero, esforzad y decidme, si os pluguiere, qué fortuna es esta en que estáis.—La que yo quise tomar, dijo el caballero; que yo, siendo rico y de gran linaje, casé con aquella mujer que vistes, por grande amor que le había, siendo ella en todo al contrario; y esta noche pasada íbaseme con aquel caballero que allí muerto yace, que le nunca vi sino esta noche, que se aposentó conmigo; y despues que en batalla lo maté díjeme que la perdonaria si juraba de no me hacer mas tuerto ni deshonor; y ella así lo otorgó; mas de que vió írseme tanta sangre de las heridas, que no tenía esfuerzo, quisome matar metiendo en ellas las manos; así que, soy muerto; é ruégoos que me lleveis aquí adelante, donde mora un ermitaño, que curará de mi alma.»

El Doncel lo hizo cabalgar ante Gandalin, é cabalgó é fuéronse yendo con él; mas la mala mujer

mandara decir á tres hermanos suyos que viniesen por aquel camino, con recelo de su marido que tras ella iria, y estos encontráronla é preguntaron cómo andaba así. Ella dijo: «¡Ay señores! acorredme por Dios, que aquel mal caballero que allí va mató ese que ahí veis, é á mi señor lleva tal como muerto; id tras él é matadlo, é á un hombre que consigo lleva, que hizo tanto mal como él. Esto decia ella porque, muriendo ambos, no se sabria su maldad; que su marido no seria creído; é cabalgando en su palafren, se fué con ellos por se los mostrar. El Doncel del Mar dejara ya el caballero en la ermita é tornaba á su camino; mas vió cómo la dueña venia con los tres caballeros, que decian: «Estad, traidor, estad.—Mentis, dijo él; que traidor, no soy; antes me defenderé bien de traicion, é venid á mí como caballeros.—Traidor, dijo el delantero, todos te debemos hacer mal, é así lo harémos.» El Doncel del Mar, que su escudo tenía y el yelmo enlazado, dejóse ir al primero, y él á él, é hiriólo en el escudo tan duramente, que se lo pasó, y el brazo en que lo tenía, y derribó á él é al caballo en tierra tan bravamente, que el caballo hobo la espalda diestra quebrada, y el caballero, de la gran caída, la una pierna; de guisa que ni el uno ni el otro se pudieron levantar; y quebró la lanza y echó mano á su espada, que le guardara Gandalin, é dejóse ir á los dos, y ellos á él, y encontráronle en el escudo, que gelo falsaron, mas no el arnés, que fuerte era; y el Doncel firió al uno por cima del escudo, é cortósele fasta la embrazadura, é la espada alcanzó en el hombro; de guisa que con la punta le cortó la carne é los huesos, que el arnés no le valió; é al tirar la espada fué el caballero en tierra; é fué al otro, que lo heria con su espada, é dióle por cima del yelmo, é hirióle de tanta fuerza en la cabeza, que le fizo abrazar con la cerviz del caballo, y dejóse caer por no le atender otro golpe; é la alevosa quiso huir, mas el Doncel del Mar dió voces á Gandalin que la tomase. El caballero que á pié estaba dijo: «Señora, no sabemos si esta batalla fué á derecho ó á tuerto.—A derecho no podia ser, dijo él; que aquella mujer mala mataba á su marido.—Engañados somos, dijo él, é dadnos seguridad, é sabréis la razon por qué vos acometimos.—La seguridad, dijo, os doy; mas no os quito la batalla.» El caballero le contó la causa por qué á él vinieron, y el Doncel se santiguó muchas veces de lo oír, é díjole lo que sabia; «E veis aquí su marido en esta ermita, que así como yo vos lo diré.—Pues que así es, dijo el caballero, nos seamos en la vuestra merced.—Eso no haré yo si no jurais como leales caballeros que llevaréis este caballero herido é á su mujer con él á casa del rey Languines, é diréis cuanto de ella aconteció, y que la envía un caballero novel que hoy salió de la villa donde él es, y que mande hacer lo que por bien toviere.» Esto otorgaron los dos, y el otro, despues que muy malo lo sacaron de bajo del caballo.

CAPITULO V.

Cómo Urganda la Desconocida trajo una lanza al Doncel del Mar.

El Doncel del Mar dió su escudo é yelmo á Gandalin, é fué su via, é no anduvo mucho, que vió venir una doncella en un palafren, é traía una lanza con una

trena entrenzada en el asta, é vió otra doncella con que ella se juntó, que por otro camino venia, é viniéronse ambas hablando contra él; é como llegaron, la doncella de la lanza le dijo: «Señor, tomad esta lanza, é dígovos que ante de tercero dia faréis con ella tales golpes, porque libraréis la casa donde primero salistes.» El fué maravillado de lo que decia, é dijo: «Doncella, la casa ¿cómo puede morir ni vivir?—Así será como yo lo digo, dijo ella, é la lanza os dó por algunas mercedes que de vos espero. La primera será cuando hiciédes una honra á un vuestro amigo, por donde será puesto en la mayor afrenta y peligro que fué puesto caballero pasados há diez años.—Doncella, dijo él, tal honra no faré yo á mi amigo, si Dios quisiere.—Yo sé bien, dijo ella, que así acaecerá como yo lo digo.» É dando de las espuelas al palafren, se fué su via; é sabed que esta era Urganda la Desconocida.

La otra doncella quedó con él é dijo: «Señor caballero, soy de tierra extraña, é si quisierdes, aguardad os he fasta tercero dia, é dejaré de ir donde es mi señora.—Y ¿dónde sois? dijo él.—De Denamarca,» dijo la doncella, y él conoció que decia verdad en su lenguaje; que algunas veces oyera hablar á su señora Oriana cuando era mas niña; é dijo: «Doncella, bien me place, si por afan no lo tuviédes.» Y preguntóle si conocía la doncella que la lanza le dió; ella dijo que la nunca viera sino entonces, mas que le dijera que la traía para el mejor caballero del mundo; «E díjome que despues que de vos se partiese, que os hiciese saber cómo era Urganda la Desconocida y que mucho vos ama.—Ay Dios! dijo él, cómo soy sin ventura en la no conocer, é si la dejo de buscar, es porque ninguno la hallará sin su grado.»

E así anduvo con la doncella fasta la noche, que halló un escudero en la carrera, que le dijo: «Señor, ¿hacia dó is?—Voy por este camino, dijo él.—Verdad es, dijo el escudero; mas si aposentarvos quereis en poblado, converná que lo dejéis; que de aquí á gran pieza no se hallará sino una fortaleza, que es de mi padre, é allí se os fará todo servicio.» La doncella le dijo que sería bien, y él se lo otorgó. El escudero los desvió del camino para los guiar, y esto facía por un costumbre que había ahí adelante en un castillo por do el caballero había de ir, é quería ver lo que haría; que nunca viera combatir caballero andante. Pues allí llegados aquella noche, fueron muy bien servidos; mas el Doncel del Mar no dormía mucho, que lo mas de la noche estuvo contemplando en su señora donde se partiera, é á la mañana armóse é fué su via con su doncella y el escudero. Su huésped le dijo que le haría compañía hasta un castillo que había adelante. Así anduvieron tres leguas, é vieron el castillo, que muy fermoso parecia, que estaba sobre un rio, é había una puente levadiza, y en cabo della una torre muy alta y hermosa. El Doncel del Mar preguntó al escudero si aquel rio tenía otra pasada sino por la puente; él dijo que no, que todos pasaban por ella; «E nos por ahí vamos á pasar.—Pues via adelante,» dijo él.

La doncella pasó, é los escuderos despues, y el Doncel del Mar á la postré; é iba tan firmemente pensando en su señora, que todo iba fuera de sí. Como la doncella entró tomáronla seis peones por el freno, armados de

capellinas é corazas, é dijeron: «Doncella, conviene que jureis; si no, seréis muerta. — ¿Qué juraré? — Jurarás de no hacer amor á tu amigo en ningún tiempo, si no os promete que ayudará al rey Abies contra el rey Perion.» La doncella dió voces, diciendo que la querían matar; el Doncel del Mar fué allá é dijo: «Villanos, malos, ¿quién os mandó poner mano en dueña ni doncella; en demás en esta que va en mi guarda?» Y llegando al mayor dellos, le trabó de la hacha, é dióle tal herida con el cuento, que lo batió en tierra; los otros comenzáronlo á ferir, mas él dió al uno tal golpe, que lo hirió fasta los ojos, é hirió á otro en el hombro, é cortóle hasta los huesos de los costados. Cuando los otros vieron estos dos muertos de tales golpes, no fueron seguros é comenzaron á huir; y él tiró al uno la hacha, que bien media pierna le corrió, é dijo á la doncella: «Id adelante; que mal hayan cuantos tienen por derecho que ningún villano ponga mano en dueña ni en doncella.» Entonces fueron adelante por la puente, é oyeron del otro cabo, á la parte del castillo, gran revuelta. Dijo la doncella: «Gran ruido de gente suena, é yo sería en que tomádes vuestras armas. — No temais, dijo él, que en parte donde las mujeres son maltratadas, que deben andar seguras, no puede haber hombre que nada valga. — Señor, dijo ella, si las armas no tomáis, no osaría pasar mas adelante.» El las tomó é pasó adelante, y entrando por la puerta del castillo, vió un escudero que venia llorando y decía: «¡Ay Dios! cómo matan al mejor caballero del mundo porque no hace una jura que no puede tener con derecho.» E pasando por él, vió el Doncel del Mar al rey Perion, que le ficiera caballero, á saz maltratado, que le habian muerto el caballo, é dos caballeros con diez peones sobre él armados, que lo herian por todas partes, é los caballeros le decían: «Jura; si no, muerto eres.» El Doncel les dijo: «Tiráos afuera, gente mala, soberbia; no pongáis mano en el mejor caballero del mundo; que todos por él moriréis.» Entonces se partieron de los otros el un caballero é cinco peones, é viniendo contra él, le dijeron: «A vos así conviene que jureis, ó sois muerto. — ¿Cómo, dijo él, juraré contra mi voluntad? Nunca será, si Dios quisiere.» Ellos dieron voces al portero que cerrase la puerta, y el Doncel se dejó correr al caballero, é hiriólo con su lanza en el escudo, de manera que lo derribó en tierra por encima de las ancas del caballo, é al caer dió el caballero con la cabeza en el suelo, que se le torció el pescuezo, é fué tal como muerto; y dejando los peones que lo ferian, fué para el otro, é pasóle el escudo y el arnés, y metióle la lanza por los costados, que no hobo menester maestro.

Cuando esto vió el rey Perion, que de tal manera era acorrido, esforzóse de se mejor defender, é con su espada grandes golpes en la gente de pié daba; mas el Doncel del Mar entró tan desapoderadamente entre ellos con el caballo, é friendo con su espada de tan mortales y esquivos golpes, que los mas dellos hizo caer por el suelo. Así con esto como con lo que el Rey hacia, no tardó mucho en ser todos destrozados, é algunos que huir pudieron subiéronse al muro; mas el Doncel se apeó del caballo y fué tras ellos, é tan grande era el miedo que llevaban, que no le osando esperar, se de-

jaban caer de la cerca ayuso, salvo dos dellos, que se metieron en una cámara, y el Doncel, que los seguía, entró en pos dellos, é vió en un lecho un hombre tan viejo, que de allí no se podía levantar, é decía á voces: «Villanos, malos, ¿ante quién huís? — Ante un caballero, dijeron ellos, que face diabluras, é ha muerto á vuestros sobrinos ambos é á todos nuestros compañeros.» El Doncel dijo á uno dellos: «Muéstrame á tu señor; si no, muerto eres.» El le mostró el viejo que en el lecho yacía. El se comenzó á santiguar é dijo: «Viejo malo, estás en el paso de la muerte, é ¿tienes tal costumbre? Si agora pudiédes tomar armas, probaros-y-a que érades traidor, é así lo sois á Dios é á vuestra ánima.» Entonces hizo semblante que le quería dar con el espada; y el viejo dijo: «¡Ay Señor! merced, no me mateis. — Muerto sois, dijo el Doncel del Mar, si no juráis que tal costumbre nunca mas en vuestra vida mantenida será.» El lo juró. «Pues agora me decid por qué manteníades esta costumbre. — Por el rey Abies de Irlanda, dijo él, que es mi sobrino, é yo no le puedo ayudar con el cuerpo, quisíerale ayudar con los caballeros andantes. — Viejo falso, dijo el Doncel, ¿qué han de haber los caballeros en vuestra ayuda ni estorbo?» Entonces dió del pié al lecho é tornólo sobre él, y encomendándole á todos los diablos del infierno, se salió al corral, é fué á tomar uno de los caballos de los caballeros que matara, é trájole al Rey é dijo: «Cabalgad, Señor; que poco me contento deste lugar ni de los que en él son.»

Entonces cabalgaron é salieron fuera del castillo, y el Doncel del Mar no tiró su yelmo, porque el Reyno lo conociese; é siendo ya fuera, dijo el Rey: «Amigo señor, ¿quién sois, que me acorristes siendo cerca de la muerte, y me tirastes de mi estorbo é muchos caballeros andantes é los amigos de las doncellas que por aquí pasan? Que yo soy aquel contra quien de jurar habian. — Señor, dijo el Doncel del Mar, yo soy un caballero que hobo gana de os servir. — Caballero, dijo él, esto veo yo bien; que apenas podría hombre hallar otro tan buen socorro; pero no os dejaré sin que os conozca. — Eso no tiene á vos ni á mí pro, dijo el Doncel. — Pues ruégoo por cortesía que os tireis el yelmo.» El abajó la cabeza é no respondió; mas el Rey rogó á la doncella que se lo tirase, y ella le dijo: «Señor, haced el ruego del Rey, que tanto lo desea.» Pero él no quiso; é la doncella le quitó el yelmo contra su voluntad, é como el Rey le vió el rostro, conoció ser aquel el doncel que él armara caballero por ruego de las doncellas, é abrazándolo, dijo: «Por Dios, amigo, agora os conozco yo mejor que ante. — Señor, dijo él, yo bien os conocí, que me distes honra de caballería; lo que, si á Dios pluguiere, os serviré en vuestra guerra de Gaula tanto que otorgado me fuere, é fasta entonces no quisiera dárosme á conocer. — Mucho os lo agradezco, dijo el Rey, que por mí faceis tanto, que mas ser no puede; é dó muchas gracias á Dios que por mí fué hecha tal obra.» Esto decía por le haber fecho caballero; que del deudo que le habia ni lo sabia ni lo pensaba.

Hablando en esto, llegaron á dos carreras, é dijo el Doncel del Mar: «Señor, ¿cuál destas quereis seguir? — Esta que va á la siniestra parte, dijo él; que es la derecha

para ir á mi tierra. — A Dios vais, dijo él; que tomaré yo la otra. — Dios vos guie, dijo el Rey, é miémbreseos lo que me prometistes; que vuestra ayuda me ha quitado la mayor parte del pavor y me pone en esperanza de con ella ser remediada mi pérdida.» Entonces se fué su via, y el Doncel quedó con la doncella, la cual le dijo: «Señor caballero, yo os aguardé por lo que la doncella que la lanza os dió me dijo, que la traía para el mejor caballero del mundo, é tanto he visto, que conozco ser verdad; agora quiero tornar á mi camino por ver aquella mi señora que vos dije. — E ¿quién es ella? dijo el Doncel del Mar. — Oriana, la hija del rey Lisuarte,» dijo ella. Cuando él oyó mentar á su señora estremeciése el corazon tan fuertemente, que por poco cayera del caballo, é Gandalin, que así lo vió atónito, abrazóse con él, y el Doncel dijo: «Muerto soy del corazon.» La doncella dijo, cuidando que otra dolencia fuese: «Señor caballero, desarmáos, que gran cuita hobistes. — No es menester, dijo él; que á menudo he este mal.» El escudero que ya oistes dijo á la doncella: «¿Vais á casa del rey Languines? — Sí, dijo ella. — Pues yo os faré compañía, dijo él; que tengo de ser ahí á plazo cierto.» E despidiéndose del Doncel del Mar, se tornaron por la via que allí vinieron, y él se fué por su camino donde la ventura lo guiaba.

El autor aquí deja de fablar del Doncel del Mar, é torna á contar de don Galaor, su hermano, que el gigante hobo llevado. Don Galaor, que con el ermitaño se criaba, como ya oistes, siendo ya en edad de diez é ocho annos, fizose valiente de cuerpo y membrudo, é siempre leia en unos libros que el buen hombre le daba de los hechos antiguos que los caballeros en armas pasaron; de manera que cuasi con ello, como con lo natural con que nasciera, fué movido á gran deseo de ser caballero; pero no sabia si de derecho lo debía ser, é rogó mucho al hombre bueno que lo criaba que gelo dijese; mas él, sabiendo cierto que en siendo caballero se habia de combatir con el gigante Albadan, viniéronle las lágrimas á los ojos, é dijole: «Mi hijo, mejor sería que tomádes otra via mas segura para vuestra alma, que poner os en las armas y en la orden de caballería, que muy trabajosa es de mantener. — Mi señor, dijo él, muy mal podría yo seguir aquello que contra mi voluntad tomase, y en esto que mi corazon se otorga, si Dios me diere ventura, yo lo pasaré á su servicio; que fuera desto, no querría que la vida me quedase. El hombre bueno, que vió su voluntad, dijole: «Pues que así es, yo vos digo verdaderamente que si por vos no se pierde, que por vuestro linaje no se perderá; que vos sois hijo de rey é de reina; y esto no lo sepa el gigante que vos lo dije.» Cuando Galaor esto oyó fué muy alegre, que mas ser no podía, é dijo: «El pensamiento que yo fastá aquí tenia por grande en querer ser caballero, tengo agora por pequeño, segun lo que me habeis dicho.» El hombre bueno, temiendo que se le no fuese, envió á decir al jayan cómo aquel su criado estaba en edad é con gana de ser caballero; que mirase lo que le convenia. Oido esto por él, cabalgó y fuése allá, é halló á Galaor muy hermoso é valiente, mas que su edad lo requeria, é dijole: «Hijo, yo sé que quereis ser caballero, é quiéroos llevar conmigo á trabajaré como lo seais

mucho á vuestra honra. — Padre, dijo él, en eso será mi voluntad del todo complida.» Entonces le hizo cabalgar en un caballo para lo llevar, pero antes se despidió del hombre bueno, hincados los hinojos ante él, rogándole que dél hobiese memoria. El hombre bueno lloraba y besábale muchas veces, é dándole su bendición, se fué con el gigante, y llegados á su castillo, fizole armas á su medida, é faciale cabalgar é bohordar por el campo, é dióle dos esgremidores que le desolviesen é le soltasen con el escudo y espada, é fizole aprender todas las cosas de armas que á caballero convenian. En esto le detuvo un año, que el gigante vió que le bastaba para que sin empacho podría ser caballero.

Aquí deja el autor de contar desto, porque en su lugar mencion se hará de lo que este Galaor hizo, é torna á contar de lo que sucedió al Doncel del Mar despues que del rey Perion é de la doncella de Denamarca y del castillo del viejo se partió: anduvo dos dias sin aventura fallar, é al tercero dia, á la hora de mediodía, llegó á vista de un muy hermoso castillo, que era de un caballero que Galpano habia nombre, que era el mas valiente y esforzado en armas que en todas aquellas partes se fallaba; así que, mucho dudado y temido de todos era; é junta su gran valentía con la fortaleza del castillo, tal costumbre mantenía cual hombre muy soberbio debía mantener, siguiendo mas el servicio del enemigo malo que de aquel alto Señor que tan señalado entre todos los otros le ficiera, que era lo que agora oiréis. Las dueñas é doncellas que por allí pasaban faciales subir al castillo, é faciendo dellas su voluntad por fuerza, habianle jurar que en tanto que él viviese no tomasen otro amigo; é sí lo no hacian, descabezábanlas; é á los caballeros por el semejante, que se habian de combatir con dos hermanos suyos, é si era tal que los venciese, se combatiere con él; y él era de tanta bondad en armas, que le no osaban en el campo atender; é faciales jurar que se llamasen los vencidos de Galpano, ó les cortaba las cabezas, é tomándoles cuanto traian, se habian de ir de pié. Mas ya Dios enojado que tan gran crueza tanto tiempo pasase, otorgó á la fortuna que, procediendo contra él aquellos que en muchos tiempos con gran soberbia, con deleites demasiados, tanto á su placer é á pesar de todos sostenido habia, en pequeño espacio de tiempo tornado fuese al contrario, pagando aquellos malos su maldad, é á los otros como ellos dando temeroso ejemplo con que se emendasen, como agora vos será contado.

CAPITULO VI.

Cómo el Doncel del Mar se combatió con los peones del caballero que Galpano se llamaba, é despues con sus hermanos del señor del castillo é con el mismo señor.

Pues llegando el Doncel del Mar cerca del castillo, vió venir contra él una doncella faciendo muy gran duelo, é con ella un escudero é un doncel que la guardaban; la doncella era muy hermosa é de fermosos cabellos, é íbalos mesando. El Doncel del Mar le dijo: «Amiga, ¿qué es la causa de tan grande cuita? — Ay Señor, dijo ella, es tanto el mal, que vos lo no puedo decir. — Decidmelo, dijo él, é si con derecho vos puedo remediar, hacerlo he. — Señor, dijo ella, yo vengo con mandado de mi señor á un caballero mancebo de los

buenos que agora se saben, é tomáronme allí cuatro peones; y llevándome al castillo, fui escarnida de un traidor, é sobre todo, fizome jurar que non haya otro amigo en tanto que él viva.» El Doncel la tomó por el freno, é díjole: «Venid conmigo, é darvos he derecho, si puedo.» E tomándola por la rienda, se fué con ella hablando, diciéndole quién era el caballero á quien el mandado llevaba. «Saberlo heis, dijo ella, si me ven-gais, é dígovos que es él tal, que habrá mucha cuita cuando mi deshonra él supiere.—Derecho es, dijo el Doncel del Mar.» Así llegaron donde los cuatro peones eran, é díjoles el Doncel del Mar: «Malos, traidores, ¿por qué fecistes mal á esta doncella?—Por cuanto no hobimos miedo, dijeron ellos, de le vos dar derecho.—Agora lo veréis,» dijo él; é metió mano á la espada é dejóse ir á ellos é dió á uno que alzaba una hacha para le ferir tal golpe, que el brazo le cortó y le echó en tierra; é cayó dando voces. Despues firió á otro por las narices al través, que le cortó hasta las orejas. Cuando los dos esto vieron comenzaron de fuir contra un rio por una jara espesa; é metió su espada en la vaina é tomó la doncella por el freno é dijo: «Vamos adelante.» La doncella le dijo: «Aquí cerca hay una puerta donde vi dos caballeros armados.—Sea, dijo él, que verlos quiero.» Entonces dijo: «Doncella, venid en pos de mí é no temais.» Y entrando por la puerta del castillo, vió un caballero armado ante sí, que cabalgaba en un caballo; é salido fuera, echaron tras él una puerta colgadiza, y el caballero le dijo con gran soberbia: «Venid, recibiréis vuestra deshonra.—Dejemos eso, dijo el Doncel, al que saberlo puede; mas preguntovos si sois el que hizo fuerza á esta doncella.—No, dijo el caballero; mas, que lo fuese, ¿qué sería por ende?—Vengarlo yo, dijo él, si pudiese.—Pues ver quiero yo cómo os combatis.» E dejóse á él ir cuanto el caballo llevarlo pudo, é falleció de su golpe; y el Doncel del Mar lo hirió con su lanza en el escudo tan fuertemente, que ninguna arma que trajese le aprovechó, é pasóle el fierro á las espaldas é dió con él muerto en tierra; é sacando la lanza dél, se fué á otro caballero que contra él venia, diciendo: «En mal punto acá entraste.» Y el caballero lo firió en el escudo, que gelo pasó; mas detúvose el fierro en el arnés, que era fuerte; é le firió de guisa con su lanza en el yelmo, que derribógelo de la cabeza, y el caballero fué á tierra sin detenencia ninguna; é como así se vió, comenzó á dar grandes voces, é salieron tres peones armados de una cámara, é díjoles: «Matad este traidor.» Ellos le firieron el caballo de manera que le derribaron con él, mas levantándose muy sañudo de su caballo que le mataran, fué ferir al caballero con su lanza en la cara, que el hierro salió entre la oreja y el pescuezo, é cayó luego; é tornó á los de pie, que le herian é lo habian llagado en la una espalda, donde perdía mucha sangre; mas tanta era su saña, que lo no sentia, é firió con su espada aquel que lo llagara por la cabeza; de manera que la oreja le cortó é la faz é cuanto le alcanzó, é la espada descendió hasta los pechos, é los otros dos fueron contra el corral, diciendo á grandes voces: «Venid, Señor, venid; que todos somos muertos.»

El Doncel del Mar cabalgó en el caballo del caballero que matara, é fué en pos dellos, é vió á una puer-

ta un caballero desarmado, que le dijo: «¿Qué es eso, caballero? ¿Venistes aquí á me matar mis hombres?—Vine, dijo él, por vengar esta doncella de la fuerza que aquí le ficieron, si hallare aquel que gela hizo.» La doncella dijo: «Señor, ese es por quien yo soy escarnida.» El Doncel del Mar le dijo: «Ay caballero soberbio, lleno de villanía, agora compraréis la maldad que fecistes. Armadvos luego; si no, matarvos he así desarmado; que con los malos como vos no se debia tener templanza.—Ay, Señor, dijo la doncella, matadle á ese traidor, é no deis lugar á que mas mal faga; que ya todo sería á vuestro cargo.—Ay mala, dijo el caballero, en punto malo él vos creyó é con vos viño.» Y entróse en un gran palacio é dijo: «Vos, caballero, atendedme é no fuyais; que en ninguna parte me podréis guarecer.—Yo vos digo, dijo el Doncel del Mar, si vos yo de aquí fuyere, que me no dejéis en ningún lugar de los mas guardados.» Y no tardó mucho que lo vió venir encima de un caballo blanco, y él todo armado, que le no fallésca nada, é venia diciendo: «Ay, caballero mal andante, en mal punto vistes la doncella; que aquí perderéis la cabeza.» Cuando el Doncel se oyó amenazar fué muy sañudo, é dijo: «Agora guarde cada uno la suya, y el que no la amparare piérdala.»

Entonces se dejaron correr al gran ir de los caballos, é firieronse con sus lanzas en los escudos, que luego fueron falsados, é los arneses asimismo, é los hierros metidos por la carne, é juntáronse de los cuerpos y escudos é yelmos uno con otro tan bravamente, que ambos fueron á tierra; pero tanto le vino bien al Doncel, que llevó las riendas en la mano, é Galpano se levantó muy mal trecho, é metieron mano á sus espaldas, é pusieron los escudos ante sí, é hiriéronse tan bravo, que espanto ponian á los que los miraban. De los escudos caian en tierra muchas rajadas, é de los arneses muchas piezas, é los yelmos eran abollados é rotos; así que, la plaza donde lidiaban era tinta de sangre. Galpano, que se sintió de una herida que tenia en la cabeza, que la sangre le caia sobre los ojos, se tiró afuera por los limpiar; mas el Doncel del Mar, que muy ligero andaba, é con gran ardimiento, díjole: «¿Qué es eso, Galpano? No te conviene cobardía. ¿No te miembros que te combates por tu cabeza, é si mal la guardares la perderás?» Galpano le dijo: «Súfrete un poco é folguemos; que tiempo hay para nos combatir.—Eso no ha menester, dijo el Doncel; que yo no me combato contigo por cortesía, mas por dar emienda á aquella doncella que deshonraste.» E fué luego ferir tan bravamente por cima del yelmo, que las rodillas ambas le hizo hincar, é levantóse luego é comenzóse á defender; pero no de guisa que el Doncel no le trajese á toda su voluntad, que tanto era ya cansado, que apenas la espada podia tener, é no entendia sino en se cubrir de su escudo, el cual en el brazo le fué todo cortado, que nada de él no le quedó. Entonces, no teniendo remedio, comenzó de fuir por la plaza acá é allá entre la espada del Doncel del Mar, que no lo dejaba holgar; é Galpano quiso fuir á la torre, donde habia hombres suyos; mas el Doncel del Mar lo alcanzó por unas gradas, é le por el yelmo, le tiró tan

recio, que le hizo caer en tierra extendido, y el yelmo le quedó en las manos, é con la espada le dió tal golpe en el pescuezo, que la cabeza fué del cuerpo apartada, é dijo á la doncella: «De hoy mas podeis haber otro amigo, si quisiédes; que este á quien jurastes, despachado es.—Mercedá Dios é á vos, dijo ella, que lo matastes.» El quisiera subir á la torre, mas vió alzar el escalera, é cabalgó en el caballo de Galpano, que muy fermoso era, é dijo: «Vayamos de aquí.» La doncella le dijo: «Caballero, yo llevaré la cabeza deste que me deshonró é darla he á quien el mandado llevo de vuestra parte.—No la lleveis, dijo él, que vos sera enojo, mas llevad el yelmo en lugar della.» La doncella lo otorgó, é mandó á su escudero que lo tomase; é luego salieron del castillo, é fallaron la puerta abierta de los que por allí habian fuido.

Pues estando en el camino, dijo el Doncel del Mar: «Decidme quién es el caballero á quien el mandado llevais.—Sabed, dijo ella, que es Agrájes, fijo del rey de Escocia.—Bendito sea Dios, dijo él, que yo pude tanto que él no recibiese este enojo. E dígoos, doncella, que es el mejor caballero manzebo que yo agora sé. E si por él tomastes deshonra, él la hará volver en honra; é decidle que se le encomienda un su caballero, el cual en la guerra de Gaula fallará si ahí él fuere.—Ay Señor, dijo ella, pues lo amaistando, ruégooos que me otorgueis un don.» El dijo: «Muy de grado.—Pues, dijo la doncella, decidme vuestro nombre.—Doncella, dijo, mi nombre no queráis agora saber; y demandad otro don que yo complir pueda.—Otro don, dijo ella, no quiero yo. Si Dios me ayude, dijo él, no sois en ello cortés, en querer de ningún hombre saber nada contra su voluntad.—Todavía, dijo ella, me lo decid, si quereis ser quitto.» Cuando él esto vió, que no podia al hacer, dijo: «A mí llaman el Doncel del Mar.» E partiéndose della lo mas presto que pudo, entró en su camino. La doncella fué muy gozosa en saber el nombre del caballero.

El Doncel del Mar iba muy llagado, é salíale tanta sangre, que la carrera era tinta della, y el caballo, que era blanco, parecia bermejo por muchos lugares; é andando hasta la hora de las visperas, vió una fortaleza muy hermosa, é venia contra él un caballero desarmado, é como á él llegó díjole: «Señor, ¿ónde tomastes estas llagas?—En un castillo que acá de-jo, dijo el Doncel.—Y ese caballo ¿cómo lo hobistes?—Hóbelo por el mio, que me mataron, dijo el Doncel.—Y el caballero cuyo era ¿qué fué dél?—Ahí perdió la cabeza,» dijo el Doncel. Entonces descendió del caballo por le besar el pié, y el Doncel lo desvió de la estribera, y el otro besóle la falda del arnés é dijo: «¡Ay Señor, vos seais muy bien venido; que por vos he cobrado toda mi honra!—Señor caballero, dijo el Doncel, ¿sabeis dónde me curasen destas llagas?—Sí sé, dijo él, que en esta mi casa vos curará una doncella, mi sobrina, mejor que otra que en esta tierra haya.» Entonces descabalgaron é fueron entrar en la torre, y el caballero le dijo: «¡Ay Señor, que ese traidor que matastes me ha tenido año y medio muerto y escarnido que no tome armas; que él me hizo perder mi nombre é jurar que no me llamasen el su vencido, é

por vuestra causa soy á mi honra tornado.» Allí pusieron al Doncel del Mar en un rico lecho, donde fué curado de sus llagas por mano de la doncella, la cual le dijo que le daría sano tanto que de caminar se excusase algunos dias; y él dijo que en todo su consejo seguiría.

CAPITULO VII.

Cómo al tercero día que el Doncel del Mar se partió de la corte del rey Languines vinieron aquellos tres caballeros que traian un caballero en unas andas é á su mujer alevosa.

Al tercero día que el Doncel del Mar se partió de casa del rey Languines, donde fué armado caballero, llegaron ahí los tres caballeros que llevaban la dueña falsa é al caballero su marido mal llagado en unas andas, é los tres caballeros pusieron en la mano del Rey la dueña de parte de un caballero novel, é contáronle cuanto dél aviniera. El Rey se santiguó muchas veces en oír tal traición de mujer, é agradeció mucho al caballero que la enviara, que ninguno no sabia que el Doncel del Mar era caballero, sino su señora Oriana é las otras que ya oistes; antes cuidaban que era ido á ver á su amo Gandáles. El Rey dijo al caballero de las andas: «Tan alevosa mujer como es la vuestra no debe vivir.—Señor, dijo él, vos haced lo que debeis, mas yo nunca consentiré matar la cosa del mundo que mas me amo.» E despedido del Rey, se hizo llevar en sus andas. El Rey dijo á la dueña: «Por Dios, mas leal vos era aquel caballero que vos á él; mas yo faré que compreis vuestra deslealtad.» E mandóla quemar. El Rey se maravilló mucho quién sería el caballero que allí los hiciera venir, é dijo el escudero con quien el Doncel del Mar se aposentara en su castillo: «¿Por ventura si será un caballero novel que aguardamos yo é una doncella de Denamarca que hoy aquí llegó?—Y ¿qué caballero es? dijo el Rey.—Señor, dijo el escudero, él es muy niño, é tan fermoso, que es maravilla de lo ver, é vile hacer tanto en armas en poca de hora, que si ha ventura de vivir, será el mejor caballero del mundo.» Entonces contó cuanto de él viera, é cómo librara al rey Perion de muerte. «¿Sabeis vos, dijo el Rey, cómo ha nombre?—No, Señor, dijo él, que él se encubre mucho en demasia.» Entonces hobo el Rey é todos mas gana de lo saber que ante. Y el escudero dijo: «La doncella anduvo mas con él que no yo.—¿Es aquí la doncella? dijo el Rey.—Sí,» dijo el que venia á demandar la fija del rey Lisuarte. Luego mandó que ante él viniese, é contó cuanto dél viera, é como lo aguardara, por lo que la doncella que le dió la lanza dijo, que la traia para el mejor caballero que agora la podria en mano tener. «Tanto sé yo dél, dijo ella; mas de su nombre no sé nada.—¡Ay Dios! ¿quién sería?» dijo el Rey; mas su amiga no dudaba quién podria ser, porque la doncella le habia contado cómo la venia á demandar para la llevar consigo. E así como gelo nombró, sintió en sí gran alteracion, porque creído tovo que el Rey daría lugar que la llevasen á su padre, é ida, no sabia nuevas tan continuo de aquel que mas que á sí misma queria.

Así pasaron seis dias que dél no supieron nuevas. Y estando el Rey hablando con su hijo Agrájes, que se queria partir á Gaula con su compañía, entró una doncella por la puerta, é fincó los hinojos ante ellos é dijo: «Señor,

oidme un poco ante vuestro padre.» Entonces tomó en sus manos un yelmo con tantas heridas de espada, que ningun lugar sano en él había, é diólo á Agrájes, é dijo: «Señor, tomad este yelmo en lugar de la cabeza del Galpano, é dóslo de parte de un caballero novel, aquel á quien mas conviene traer armas que á otro caballero que en el mundo sea; y este yelmo vos envía él porque deshonoró una doncella que iba en vuestro mandado. — ¡Cómo! dijo él, ¿muerto es Galpano por mano de un caballero? ¡Por Dios, doncella, maravillas me decis! — Cierto, Señor, dijo ella; aquel conquirió é mató cuantos había en su castillo, é á la fin se combatió con él solo é cortóle la cabeza, é por ser enojosa de traer, me dijo que bastaba el yelmo. — Cierto, dijo el Rey, aquel es caballero novel que por aquí pasó; que por cierto sus caballerías extrañas son de otras.» Y preguntó á la doncella si sabía cómo había nombre. «Sí, Señor,» dijo ella; mas esto fué con gran arte. «Por Dios decidme lo dijo el Rey; que mucho me haréis alegre. — Sabed, Señor, dijo ella, que ha nombre el Doncel del Mar.» Cuando esto oyó el Rey fué maravillado, é todos los otros, é dijo: «Si él fué á demandar quien lo hiciese caballero, no debe ser culpado; que mucho há que me lo rogó, é yo lo tardé, é hice mal de tardar caballería á quien della tan bien obra. — ¡Ay! dijo Agrájes, ¿dónde le podría hallar? — El se vos encomienda mucho, dijo la doncella, é mándavos decir por mí que lo hallaréis en la guerra de Gaula, si ahí fuédes. — ¡Ay Dios! qué buenas nuevas me decis, dijo Agrájes; agora he mas talante de me ir, é si lo yo hallo, nunca á mi grado dél será partido. — Derecho es, dijo la doncella; que él mucho os ama.»

Grande fué la alegría que todos hobieron de las buenas nuevas del Doncel del Mar. Mas sobre todos fué la de su señora Oriana, aunque mas que ninguno lo encubria. El Rey quiso saber de las doncellas por cuál manera lo hicieron caballero, y ellas gelo contaron todo, é dijo: «Mas cortesía halló en vos que en mí; pues yo no lo tardabasino por su pro, que lo via muy mozo.» La doncella contó á Agrájes el mandado que le traía de aquella que la historia contará adelante. Y él se partió con muy buena compañía para Gaula.

CAPITULO VIII.

Cómo el rey Lisuarte envió por su hija á casa del rey Languines, y él gela envió con su hija Mabilia, acompañadas de caballeros é dueñas é doncellas.

Despues de diez dias que Agrájes fué partido, llegaron ahí tres naos, en que venia Galdar de Rascuil con cient caballeros del rey Lisuarte, é dueñas é doncellas para llevar á Oriana. El rey Languines lo acogió bien; que lo tenia por buen caballero é muy cuerdo. El le dijo el mandado del Rey su señor, cómo enviaba por su hija, y demás desto, Galdar dijo al Rey de parte del rey Lisuarte que le rogaba enviase con Oriana á Mabilia, su hija, que así como ella misma sería tratada é honrada á su voluntad. El Rey fué muy alegre dello, é ataviólas muy bien, é tovo al caballero é á las dueñas é doncellas en su corte algunos dias, faciéndoles muchas fiestas y mercedes, é fizo aderezar otras naves, é bastecerlas de las cosas necesarias; é

hizo aparejar caballeros é dueñas é doncellas, las que le pareció que convenian para tal viaje. Oriana, que vió que este camino no se podia excusar, acordó de recoger sus joyas, é andándolas recogiendo, vió la cera que tomara al Doncel del Mar, y membrósele dél, é viniéronle las lágrimas á los ojos, é apretó las manos con cuita de amor que la forzaba, y quebrantó la cera é vió la carta que dentro estaba, y leyéndola, halló que decía: «Este es Amadís Sin-tiempo, fijo de rey.» Ella, que la carta vió, estuvo pensando un poco, y entendió que el Doncel del Mar había nombre Amadís, é vió que era hijo de rey. Tal alegría nunca en corazón de persona entró como en el suyo, y llamando á la doncella de Denamarca, le dijo: «Amiga, yo vos quiero decir un secreto, que le no diría sino á mi corazón, é guardadle como poridad de tan alta doncella como yo soy, y del mejor caballero del mundo. — Así lo haré, dijo ella, y, Señora, no dudeis de me decir lo que faga. — Pues amiga, dijo Oriana, vos os id al caballero novel que sabeis, y digovos que le llaman el Doncel del Mar, é fallarlo heis en la guerra de Gaula, é si vos ante llegádes, atendedlo; y luego que lo viédes, dadle esta carta, é decidle que ahí fallará su nombre, aquel que le escribieron en ella cuando fué echado en la mar; é sepa que sé yo que es hijo de rey; é que pues él era tan bueno cuando no lo sabia, agora pune de ser mejor; é decidle que mi padre envió por mí é me llevan á él; que le envío yo decir que se parta de la guerra de Gaula, é se vaya luego á la Gran Bretaña, é pune de vivir con mi padre fasta que le yo mande lo que faga.» La doncella, con ese mandado que ois, fué della despedida, y entrada en el camino de Gaula, de la cual se hablará en su tiempo. Oriana é Mabilia con dueñas é doncellas, encomendándolas el Rey é la Reina á Dios, fueron metidas en las naos; los marineros soltaron las áncoras y tendieron sus velas, é como el tiempo era aderezado, pasaron presto en la Gran Bretaña, donde muy bien recebidas fueron.

El Doncel del Mar estuvo llagado quince dias en casa del caballero é de la doncella, su sobrina, que le curaba; en cabo de los cuales, como quiera que las heridas aun recientes fuesen, no quiso ahí mas detenerse, é partióse un domingo de mañana, é Gandalin con él, que nunca dél se partió. Esto era en el mes de abril, y entrando por una floresta, oyó cantar las aves é veía flores á todas partes; é como él tanto en poder de amor fuese, membróse de su amiga, é comenzó á decir: «¡Ay cautivo Doncel del Mar, sin linaje é sin bien! ¿cómo fueste tan osado de meter tu corazón é tu amor en poder de aquella que vale mas que las otras todas, de bondad é fermosura é linaje? ¡Oh cativo, por cualquier destas tres cosas no debía ser osado el mejor caballero del mundo de la amar; que mas es ella hermosa que el mejor caballero en armas, é mas vale la su bondad que la riqueza del mayor hombre del mundo! ¡E yo, cativo, que no sé quién soy, que viva con trabajo de tal locura, que moriré amando sin gelo osar decir!» Así hacia su duelo, é iba tan atónito, que no cataba sino á las cervices de su caballo; é miró en una espesura de la floresta, é vió un caballero armado en su caballo aguardando, é su enemigo, el cual había

oído todo aquel duelo que el Doncel del Mar hacia; é como vió que se callaba, parósele delante é dijo: «Caballero, á mí parece que mas amades vuestra amiga que á vos, despreciándovos mucho é loando á ella; quiero que me digais quién es, é amarla he, pues que vos no sois tal para servir tan alta señora y tan hermosa, segun lo que á vos he oído.» Dijo el Doncel: «Señor caballero, la razon vos obliga á decir lo que decis; pero lo demás no lo sabréis en ninguna manera; y mas vos digo, que de la vos amar, no podríades dello ganar ningun buen fruto. — De venir á hombre afan y peligro, dijo el caballero, por buena señora, en gloria lo debe rescebir; porque á la fin sacaré dello el galardón que espera: y pues hombre en tan alto lugar ama como vos, no se debria de enojar de cosa que le aviniese.» El Doncel del Mar fué confortado de cuanto le oyó decir, é tuvo que bien hacia á él esta razon, é quiso ir adelante, mas el otro le dijo: «Estad quedo, caballero; que todavía conviene que me digais lo que vos pregunté, por fuerza ó de grado. — Dios no me ayude, dijo el Doncel, si á mi grado lo vos sabréis, ni de otro por mi mandado. — Pues luego seis en la batalla, dijo el caballero. — Mas me place deso, dijo el Doncel del Mar, que de lo decir.» Entonces enlazaron sus yelmos é tomaron los escudos é las lanzas; y quiriéndose apartar para su justa, llegó una doncella, que les dijo: «Estad, señores, estad, y decidme unas nuevas, si las sabeis; que yo vengo á gran priesa, é no puedo atender al fin de vuestra batalla.» Ellos preguntaron qué queria saber. «Si vido alguno de vos, dijo ella, un caballero novel que se llama el Doncel del Mar. — Y ¿qué lo quereis? dijo él. — Traígole nuevas de Agrájes, su amigo, é el fijo del rey de Escocia. — Aguardad un poco, dijo el Doncel del Mar; que yo vos diré dél.» Y fué para el caballero, que le daba voces que se guardase; y el caballero hirió en el escudo tan bravamente, que la lanza fué en piezas por el aire; mas el Doncel del Mar, que lo acertó en lleno, dió con él é con el caballo en tierra; y el caballo se levantó é quiso fuir, mas el Doncel del Mar lo tomó é diógelo, diciendo: «Señor caballero, tomad vuestro caballo, é no queráis saber de ninguno nada contra su voluntad. El tomó el caballo, mas no pudo tan ahína cabalgar, que era mal trecho de la caída. El Doncel del Mar tornó á la doncella é dijo: «Amiga, ¿conoceis este por quien preguntais? — No, dijo ella, que nunca lo vi; mas dijome Agrájes que él se me daría á conocer tanto que le dijese que era suya. — Verdad es, dijo él, é sabed que yo soy.» Entonces desenlazó el yelmo, é la doncella, que le vió el rostro, dijo: «Cierto, creo yo que decis verdad; que á maravilla os oí loar de fermosura. — Pues decidme, dijo él, ¿dónde dejastes á Agrájes? — En una ribera, dijo la doncella, cerca de aquí, donde tiene su compañía para entrar en la mar é pasar á Gaula, é quiso antes saber de vos, porque con él paseis. — Dios gelo agradezca, dijo él; é agora guiad é vámosle ver.» La doncella entró por el camino, é no tardó mucho que vieron en la ribera las tiendas é los caballeros cabe ellos, é siendo ya cerca, oyeron en pos de sí unas voces diciendo: «Tornad, caballero; que todavía conviene que me digais lo que os pregunto.» El tornó la cabeza al caballero con

quien antes justara, é otro caballero con él; é tomando sus armas, fué contra ellos, que traian las lanzas bajas é al mas correr de los caballos. E los de las tiendas lo vieron ir tan bien puesto en la silla, que fueron maravillados. E ciertamente podeis creer que en su tiempo no hobo caballero que mas apuesto en la silla pareciese, ni mas hermoso justase, tanto, que en algunas partes donde él se queria encobrir, por ello fué conocido; é los dos caballeros le firieron con las lanzas en el escudo, que gelo falsaron, mas el arnés no, que era fuerte; é las lanzas fueron quebradas, é firió al primero que ante derribara, y encontrólo tan fuertemente, que dió con él en tierra y le quebró un brazo é quedó como muerto. El perdió la lanza; mas puso luego mano á la espada, é dejóse ir al otro que lo feria, y dióle por cima del yelmo; así que, la espada llegó á la cabeza, é como por ella tiró, quebraron los lazos, é sacógelo de la cabeza, é alzó el espada por lo ferir, y el otro alzó el escudo, y el Doncel del Mar detovo el golpe; é pasando la espada á la mano siniestra, trabóle del escudo é tirógelo del cuello, é dióle con él encima de la cabeza, que el caballero cayó en tierra atordido. Esto hecho, dió las armas á Gandalin é fuése con la doncella á las tiendas.

Agrájes, que se mucho maravillaba quién sería el caballero que tan presto á los dos caballeros había vencido, fué contra él é conociólo é dijo: «Señor, vos seais muy bien venido.» El Doncel del Mar descendió de su caballo, é fuéronse ambos á abrazar; é cuando los otros vieron que aquel era el Doncel del Mar, fueron con él muy alegres, é Agrájes le dijo: «¡Ay Dios! que mucho os deseaba ver!» E luego lo llevaron á su tienda é lo fizo desarmar, é mandó que le trajesen allí los caballeros que en el campo mal trechos quedaban. E cuando ante él vinieron dijoles: «Por Dios, grande locura comenzastes en acometer batalla con tal caballero. — Verdad es, dijo el del brazo quebrado; mas ya fué hoy tal hora que lo tuve en tan poco, que no creia hallar en él ninguna defensa.» E contó cuanto con él le aviniera en la floresta, sino el duelo, que no lo osó decir. Mucho rieron todos de la paciencia del uno, é de la grande soberbia del otro. Aquel dia holgaron allí con mucho placer, é otro dia cabalgaron é anduvieron tanto, que llegaron á Palíngues, una buena villa, que era puerto de mar, frontera de Gaula, é allí entraron en las naos de Agrájes; é con el buen viento que hacía, pasaron presto la mar, y llegaron á otra villa de Gaula, que Galfan había nombre; é de allí se fueron por tierra á Baladin, un castillo donde el rey Perion era, donde mantenía su guerra, habiendo mucha gente perdido; que con su venida de ellos muy alegre fué, é hízoles dar buenas posadas; é la reina Elisena hizo decir á su sobrino Agrájes que la viniese á ver. El llamó al Doncel del Mar é otros dos caballeros para ir allá. El rey Perion cató el Doncel, é conociólo que aquel era el que él hiciera caballero y el que le acorriera en el castillo del viejo; é fué contra él é dijo: «Amigo, vos seais muy bien venido, é sabed que en vos he yo grande esfuerzo, tanto, que no dudo ya mi guerra, pues vos he en mi compañía. — Señor, dijo, en la vuestra ayuda me habréis vos cuanto mi persona durare é